

empolvados y anteojos sobre la nariz. En Roma asiste á una misa. «Jamás, dice, he visto juntos tantos músicos mutilados y una sinfonía mas numerosa. Los inteligentes decían que no había cosa tan hermosa. Yo decía lo mismo, para hacer creer que también era inteligente; pero si no hubiese tenido el honor de ser del séquito del oficiante, habría dejado la ceremonia, que duró por lo menos tres horas largas, que me parecieron seis.»

Cuanto mas me acerco á la época en que escribo, mas parecidos son los usos de Roma á los usos de hoy.

En tiempo de Bosses las romanas llevaban pelo postizo: las costumbre venía desde muy atrás. Propercio pregunta á su *vida* por qué se complace en adornar sus cabellos.

¡Quid juvat ornato procedere, vita, capillo!

Las Gaulas, nuestras abuelas, prestaban cabellera á las Severinas, á las Priscas, á las Faustinas, á las Sabinas. Velleda dice á Eudoro, hablando de sus cabellos: «Esta es mi diadema, y la he guardado para tí.» No era una cabellera la conquista mayor de los romanos, pero era una de las mas duraderas: se sacra frecuentemente de los sepulcros de las mujeres ese adorno entero que ha resistido á las tijeras de las hijas de la noche, y se busca en vano la frente elegante que coronó. Las trenzas perfumadas, objeto de la idolatría de la mas efímera de las pasiones, han sobrevivido á imperios; la muerte que rompe todas las cadenas no ha podido romper esta ligera madeja. Hoy las italianas llevan sus propios cabellos, que las mujeres del pueblo se sujetan con una gracia lleua de coquetería.

El magistrado viajero Bosses, en sus retratos y en sus escritos, tiene un falso aire de Voltaire, con quien tuvo una disputa cómica con motivo de un campo. Bosses habló muchas veces en el borde de la cama de la princesa Borghese. En 1803 vi el palacio Borghese, que brillaba con todo el esplendor de la gloria de su hermano: ¡Paulina Bonaparte no existe ya! Si hubiese vivido en los tiempos de Rafael, la habría representado este bajo la forma de uno de esos amores que se apoyan sobre el lomo de los leones en la Farnesina, y la misma languidez habría arrebatado al pintor y al modelo. ¡Cuántas flores han pasado ya sobre los sitios en que he hecho vagar á Gerónimo, Agustín, Eudoro y Cimodocea!

Bosses representa á los ingleses en la plaza de España, sobre poco mas ó menos como los vemos hoy, viviendo juntos, haciendo gran ruido, mirando á los pobres hermanos de arriba abajo, y volviéndose á su chiribitil rojizo de Londres sin haber echado siquiera una mirada al Coliseo. Bosses obtuvo el honor de hacer la corte á Jacobo III.

«De los dos hijos del pretendiente, dice, el primogénito tiene cerca de veinte años, y el otro quince. A los que los conocen á fondo oigo decir que el mayor vale mas y es mas querido en la familia; que tiene bondad de corazón y gran valor; que siente en extremo su situación, y que si no sale de ella algun día, no será por falta de intrepidez. Me han referido que habiéndole llevado muy jóven aun al sitio de Gaeta, cuando la conquista del reino de Nápoles por los españoles, se le cayó el sombrero en la travesía al mar. Quisieron cogérselo, pero él dijo:—«No, no vale la pena: será preciso que algun día vaya á buscarlo yo mismo.»

Bosses cree que si el príncipe de Gales intenta alguna cosa, no se saldrá con ella, y da sus razones. De vuelta á Roma, despues de sus brillantes estrenos, Carlos Eduardo, que llevaba el nombre de conde de Albany, perdió á su padre; se casó con la princesa de Stolberg-Goedern, y se estableció en Toscana. Verdad

es que visitó secretamente á Londres en 1753 y 1761, como refiere Hume; asistió á la coronación de Jorge III, y dijo á uno que le había reconocido entre la muchedumbre:—«El hombre que es objeto de toda esa pompa es á quien menos envidio.»

El enlace del pretendiente no fue feliz: la condesa de Albany se separó de él, y fijó su residencia en Roma: allí fue donde la encontró otro viajero, Bonsletten; el noble bernés, en su ancianidad, me dió á entender en Ginebra que poseía cartas de la primera juventud de la condesa de Albany.

Alfieri vió en Florencia á la mujer del pretendiente, y la amó para siempre. «Doce años despues, dice, en el momento en que escribo todas estas miserias; en esa edad deplorable en que ya no hay ilusiones, conozco que la amo cada dia mas, á medida que el tiempo destruye el único encanto que ella no debé á sí misma, el brillo de su belleza pasajera. Mi corazón se eleva, se hace mejor, y se dulcifica por ella, y me atrevería á decir lo mismo del suyo, que yo sostengo y fortifico.»

He conocido á Mad. de Albany en Florencia: la edad había producido indudablemente en ella un efecto contrario al que de ordinario produce: el tiempo ennoblecía el rostro, y cuando este es de raza antigua, imprime algo de su raza en la frente que ha surcado: la condesa de Albany, de grueso cuerpo y rostro sin expresion, tenía el aire comun. Si las mujeres de los cuadros de Rubens envejeciesen, se asemejarían á madama de Albany en la época en que yo la conocí. Mucho siento que ese corazón, *fortificado y sostenido* por Alfieri, haya tenido necesidad de otro apoyo. Recordaré aquí un pasaje de mi carta sobre Roma á Mr. de Fontanes:

«¿Sabeis que no he visto mas que una sola vez al conde Alfieri en mi vida, y esa ha sido al colocarle en su ataud? Dícenme que apenas estaba mudado: su fisonomía me pareció noble y grave: la muerte, sin duda, añadía á ella una nueva severidad: el ataud era un poco corto, é inclinaron la cabeza del cadáver sobre el pecho, lo cual le obligó á hacer un movimiento formidable.»

No hay cosa mas triste que volver á leer hácia el fin de la vida lo que uno ha escrito en su juventud; todo lo que era presente se encuentra ya pasado.

En 1803 vi por un momento en Roma al cardenal York, ese Enrique IX, último de los Stuardos, de edad de setenta y nueve años. Había tenido la debilidad de aceptar una pensión de Jorge III; la viuda de Carlos I había solicitado otra en vano de Cromwell. De consiguiente, la raza de los Stuardos ha empleado ciento diez y nueve años en extinguirse despues de haber perdido el trono que no volvió á recobrar. Tres pretendientes se han trasmitido en el destierro la sombra de una corona. Todos tenían inteligencia y valor: ¿qué les ha faltado? La mano de Dios.

Por lo demás, los Stuardos se consolaron con la vista de Roma; no eran sino un ligero accidente mas en esos grandes escombros, una pequeña columna rota, erigida en medio de un gran camino de ruinas. Su raza, al desaparecer del mundo, tuvo otro ejemplo mas con la caída de la vieja Europa: ¡la fatalidad inherente á los Stuardos arrastró con ellos en el polvo á los otros reyes, entre quienes se hallaba Luis XVI, cuyo abuelo había rehusado un asilo al descendiente de Carlos I, y Carlos X ha muerto en el destierro, y su hijo y su nieto andan errantes por el mundo!

El viaje de Lalande á Italia en 1763 y 1766 es lo mejor y mas exacto que hay sobre la Roma de las artes y la Roma antigua. «Me gusta leer á los historiadores y poetas, dice; pero no pueden ser leídos con mayor placer que cuando pisa uno la tierra que los sostenía,

## COSTUMBRES ACTUALES DE ROMA.

Así han caminado los cambios de costumbres y de personajes de siglo en siglo en Italia; pero la gran transformación ha sido verificada especialmente por nuestra doble ocupacion de Roma.

La república romana, establecida bajo la influencia del Directorio, por ridícula que haya sido, con sus dos *cónsules* y sus *licttores* (malos *facchini* tomados entre el populacho); no dejó de hacer innovaciones felices en las leyes civiles: de las prefecturas imaginadas por esa república romana, es de donde Bonaparte ha tomado la institucion de sus prefectos.

Hemos llevado á Roma el germen de una administración que no existía: Roma, convertida en capital del departamento del Tiber, fue arreglada de un modo superior. El sistema hipotecario lo ha recibido de nosotros. La supresion de los conventos, la venta de los bienes eclesiásticos, sancionada por Pio VII, han debilitado la fe en la permanencia de la consagracion de las cosas religiosas. Ese famoso *index*, que todavía hace algun ruido del lado acá de los Alpes, no hace ninguno en Roma: por algunos bayocos se obtiene el permiso de leer con seguridad de conciencia las obras prohibidas. El *index* entra en el número de esos usos que quedan como testigos de los tiempos antiguos en medio de los tiempos modernos. En las repúblicas de Roma y de Atenas los títulos de *rey*, los nombres de las grandes familias pertenecientes á la monarquía, no eran respetuosamente conservados? Unicamente los franceses son los que se enojan neciamente contra sus sepulcros y sus anales; los que echan abajo las cruces, y devastan las iglesias, en odio al clero del año mil ó mil y ciento. Nada hay mas pueril ni mas tonto que esos ultrajes de reminiscencia: nada que mas pueda hacer creer que somos incapaces de hacer nada serio, y que los verdaderos principios de la libertad nos seran desconocidos para siempre. Lejos de despreciar lo pasado, deberíamos, como hacen todos los pueblos, tratarlo como á un anciano venerable que refiere en nuestro hogar lo que ha visto. ¿Qué mal puede hacernos? Nos instruye y nos entretiene con sus relatos, sus ideas, su lenguaje, sus maneras, sus trajes de otra época; pero carece de fuerza, y sus manos estan débiles, trémulas. ¿Tendríamos miedo de ese contemporáneo de nuestros antepasados, que estaria ya con ellos en la tumba si pudiese morir, y que no tiene mas autoridad que la de sus cenizas?

Los franceses, al pasar por Roma, han dejado en ella sus principios: esto es lo que sucede siempre cuando se efectúa la conquista por un pueblo mas avanzado en civilizacion que el pueblo subyugado: testigo si no los griegos en Asia en tiempo de Alejandro, y los franceses en Europa en tiempo de Napoleón Bonaparte, al arrebatar los hijos á sus madres, y obligando á la nobleza italiana á dejar sus palacios y á tomar las armas, apresuraban la transformación del espíritu nacional.

En cuanto á la fisonomía de la sociedad romana, los días de concierto y baile pudiera uno creerse en París. Los Altieri, la Palestrina, la Zagarola, la del Drago, la Lante, la Lozano, etc., no serian extranjeras en los salones del barrio de Saint-Germain; y no obstante, algunas de esas damas tienen cierto aire asustado, que, á mi juicio, es del clima. La encantadora Falconieri, por ejemplo, se halla siempre junto á una puerta, dispuesta á huir al monte Mario, si la miran: la quinta de Mellini es suya; una novela colocada en ese camino abandonado, bajo cipreses, á la vista del mar, tendría su valor.

Pero cualesquiera que sean los cambios de costumbres y de personajes de siglo en siglo en Italia, se nota

paseándose sobre las colinas que describen, y viendo correr los rios que han cantado.» No está esto muy mal para un astrónomo que comía arañas.

Duclos, tan descarnado casi como Lalande, hace esta ingeniosa observacion: «Las piezas de teatro de los diferentes pueblos son una imagen bastante exacta de sus costumbres. Alarlequin, criado y personaje principal de las comedias italianas, le representan con grandes ganas de comer, que provienen de una necesidad habitual. Nuestros criados de comedia son por lo comun borrachos, lo que podrá suponer crápula, pero no miseria.»

La admiracion declamatoria de Dupaty no ofrece comparacion á la aridez de Duclos y de Lalande; pero hace sentir la presencia de Roma: conócese por un reflejo que la elocuencia del estilo descriptivo ha nacido bajo el hábito de Rousseau *spiraculum vita*. Dupaty se acerca á esta nueva escuela, que muy pronto iba á sustituir lo sentimental, lo oscuro y lo amanerado á la verdad, á la claridad y á la naturalidad de Voltaire. Sin embargo, á través de su afectada jerga, Dupaty observa con exactitud; explica la paciencia del pueblo de Roma por la vejez de sus soberanos sucesivos: «Un papa, dice, es siempre para él un rey que se muere.»

En la villa Borghese ve Dupaty acercarse la noche. No queda mas que un rayo del día que muere sobre la frente de Venus. ¿Los poetas de ahora se expresarian mejor? Véase cómo se despide de Tivoli. «Adios, valle; soy un extranjero: no habito vuestra hermosa Italia, y no os volveré á ver mas; pero quizá mis hijos ó alguno de ellos vengan á visitaros algun dia: sed para ellos tan encantador como lo habeis sido para su padre.» Algunos de los hijos del erudito y del poeta han visitado á Roma, y habran podido ver el último rayo del día morir sobre la frente de la *Venus genitrix* de Dupaty.

Apenas dejó Dupaty la Italia, fué Goethe á reemplazarle. ¿Oyó nunca el presidente del parlamento de Burdeos hablar de Goethe? Y, sin embargo, el nombre de Goethe vive sobre esa tierra en donde se ha desvanecido el de Dupaty. No es esto que me guste el poderoso genio de la Alemania: tengo pocas simpatías hácia el poeta de la materia: siento á Schiller, y oigo á Goethe. Que haya grandes bellezas en el entusiasmo que experimenta Goethe en Roma hácia Júpiter, así lo juzgan excelentes críticos; pero yo prefiero el Dios de la cruz al Dios del Olimpo. En vano busco al autor de Werther á lo largo de las orillas del Tiber: solo le encuentro en esta frase: «Mi vida actual es como un sueño de la juventud: veremos si estoy destinado á gustarlo ó á reconocer que es vano, como tantos otros lo han sido.»

Cuando el águila de Napoleon dejó escapar á Roma de entre sus garras, volvió á caer esta en el seno de sus pacíficos pastores: entonces apareció Byron en las murallas derruidas de los Césares, y arrojó su imaginacion desolada sobre tantas ruinas como un manto de luto. ¡Roma! Tú tenias un nombre, y él te dió otro, el cual te quedará: él te llamó *da Niobe de las naciones*, privada de sus hijos y de sus coronas, sin voz para decir sus infortunios, llevando en sus manos una corona vacía, cuyas cenizas hace mucho tiempo estan dispersas.»

Despues de esta última tempestad de poesía, no tardó Byron en morir. Hubiera podido ver á Byron en Ginebra, y no le he visto; hubiera podido ver á Goethe en Weimar, y no le he visto; pero he visto caer á Mad. de Staël, que desdeñando vivir mas allá de su juventud, pasó rápidamente al Capitolio con Corina: ¡nombres imperecederos, ilustres cenizas que se han asociado al nombre y á las cenizas de la ciudad eterna!



en ella un hábito de grandeza; á que nosotros, mezzuinos bárbaros, no nos acercamos. Aun subsisten en Roma sangre romana y tradiciones de los dueños del mundo. Cuando uno vé los extranjeros apiñados en pequeñas casas nuevas á la puerta del pueblo, ó encajonados en palacios, divididos en jaulas y atravesados por chimeneas, se figura ver á unos ratones arañando al pié de los monumentos de Apolodoro y Miguel Angel, y haciendo agujeros en las pirámides á fuerza de roer.

Hoy los nobles romanos, arruinados por la revolución, se encierran en sus palacios, viven con parsimonia, y se constituyen en agentes de negocios de ellos mismos. Cuando uno tiene la suerte (lo cual es muy raro) de ser admitido por las noches en sus casas, atraviesa vastos salones sin muebles, apenas alumbrados, á lo largo de los cuales blanquean en la densidad de la sombra estatuas antiguas como fantasmas ó muertos exhumados. Al extremo de esos salones, el lacayo haraposo que acompaña introduce á uno en una especie de gyneceo: alrededor de una mesa se hallan sentadas tres ó cuatro viejas ó jóvenes desaliñadas, trabajando á la luz de una lámpara en labores menudas y cambiando algunas palabras, con un padre, un hermano, un marido medio recostado oscuramente á un lado, en sillones destrozados. Hay, no obstante, un no sé qué de bello y de soberano, que procede de la alta alcurnia, en aquella asamblea parapetada detrás de obras maestras, y que al pronto pudiera tomarse por un Sábado. La especie de los chichisveos ha concluido, aunque todavía haya curas porta-chaes y porta-braserillos: también se suele ver alguno que otro cardenal instalado en casa de una mujer como un canapé.

El nepotismo y el escándalo de los pontífices no son ya posibles, como los reyes no pueden ya tener queridas en título y en honores. Ahora que la política y las aventuras trágicas de amor han cesado de ocupar la vida de las nobles damas romanas, ¿en qué pasan su tiempo en el interior de su casa? Sería curioso penetrar en el fondo de esas costumbres: si me quedo en Roma, me ocuparé de ello.

#### LOS SITIOS Y EL PAISAJE.

Visité á Tivoli el 10 de diciembre de 1803: en aquella época decía yo en un relato que se imprimió entonces: «Este sitio es propio para la reflexión y meditación: recorro mi vida pasada; siento el peso de lo presente, y trafo de profundizar mi porvenir: ¿en dónde estaré, qué haré, y qué seré de aquí á veinte años?»

¡Veinte años! Esto me parecía un siglo: yo creía habitar mi tumba antes de que ese siglo hubiese trascurrido. Y no soy yo el que ha pasado, sino el dueño del mundo, y su imperio los que han huido.

Casi todos los viajeros antiguos y modernos no han visto en la campiña romana sino lo que llaman su horror y su desnudez. El mismo Montaigne, que seguramente no carecía de imaginación, dice: «Teniamos á lo lejos, á nuestra mano izquierda, al Apennino, la perspectiva del país desagradable, corcobado, lleno de profundas barrancos... el terreno desnudo, sin árboles, una gran parte estéril.»

El protestante Milton echó sobre la campiña de Roma una mirada tan seca y tan árida como su fe. Lalande y el presidente Brosses son tan ciegos como Milton.

Solo en el *Viaje sobre la escena de los diez últimos libros de la Eneida* de Mr. de Bonstetten, publicado en Ginebra en 1804, un año despues de mi carta á Mr. de Fontanes (impreso en *El Mercurio* á fines del año 1803), se encuentran algunos sentimientos verdaderos de aquella admirable soledad; y aun esos están mezclados de reconvenções. «¡Qué placer es

ver á Virgilio bajo el cielo de Eneas, y, por decirlo así, en presencia de los dioses de Homero, dice monsieur de Bonstetten! ¡Qué profunda soledad en aquellos desiertos, en que no se ve mas quemar, bosques ruinosos, campos, grandes praderas y ni un solo habitante! Yo no veía en una vasta extensión de país mas que una sola casa, y esa estaba próxima á mí, sobre la cima de la colina. Voy á ella, y la encuentro sin puerta; subo una escalera, y entro en una especie de habitación: un ave de rapiña tenía en ella su nido...»

«Estuve por algun tiempo asomado á una ventana de aquella casa abandonada, y veía á mis piés aquella llanura tan rica y magnífica en tiempo de Plinio, ahora sin cultivadores.»

Desde mi descripción de la campiña romana se ha pasado de la denigración al entusiasmo. Los viajeros ingleses y franceses que me han seguido han marcado todos sus pasos de la Storta á Roma por éxtasis. Monsieur de Tournon, en sus estudios estadísticos, entra en la vía de admiración que he tenido la dicha de abrir. «La campiña romana, dice, desenvuelve á cada paso la grave belleza de sus inmensas líneas, de sus planos numerosos y su hermoso hacinamiento de montañas. Su monótona grandeza hiere y eleva el pensamiento.»

No tengo que mencionar á Mr. Simon, cuyo viaje parece una apuesta, y que se ha entretenido en mirar á Roma por el revés. Hallábame en Ginebra cuando murió casi de repente. Arrendatario, acababa de segar sus heno y de recoger alegremente sus primeros granos, y fué á reunirse con sus yerbas segadas y sus cosechas apiladas.

Tenemos algunas cartas de los grandes paisajistas: Poussino y Claudio Lorené no hablan una palabra de la campiña romana. Pero si su pluma calla, su pincel habla: el *agro romano* era una fuente misteriosa de bellezas, en la que bebían, ocultándola por una especie de avaricia de genio y como por temor de que el vulgo la profanase. ¡Cosa singular! Ojos franceses han sido los que mejor han visto la luz de la Italia.

He vuelto á leer mi carta á Mr. de Fontanes sobre Roma, escrita hace veinte y cinco años, y confieso que la he hallado con tal exactitud, que me sería imposible quitarle ni añadirle nada. Una compañía extranjera ha venido este invierno (1829) á proponer el laboreo de la campiña romana. ¡Ah, señores; gracias por vuestros parques y vuestros jardines ingleses sobre el Janículo! Si debiesen afeár algun día los eriales en donde se rompió el arado de Cincinato, y sobre los que se inclinan todas las yerbas al soplo de los siglos, huiría de Roma para no volver á poner en ella los piés en mi vida. Id á llevar á otra parte vuestros arados perfeccionados: aquí la tierra no brota ni debe brotar mas que sepulcros. Los cardenales cerraron los oídos á los cálculos de las bandas negras que acudieron á demoler los restos de Túsculo que tomaban por castillos de aristócratas: hubieran hecho cal con el mármol de los sarcófagos de Pablo Emilio, como hicieron gárgolas con el plomo de los ataúdes de nuestros padres. El Sacro Colegio está por lo pasado: además está probado, con gran confusión de los economistas, que la campiña romana daba al propietario el cinco por ciento en pastos, y no rendiría mas que uno y medio en trigo. No es por pereza, sino por un interés positivo, por lo que el cultivador de las llanuras concede la preferencia á la *pastorizia* sobre el *maggesi*. El producto de un hécтар en el territorio romano es casi igual el rendimiento de igual medida en uno de los mejores departamentos de Francia: para convencerse de ello, basta leer la obra de monseñor Nicolai

#### CARTA Á MR. VILLEMMAIN.

Ya he dicho que experimenté disgusto al principio de mi segundo viaje á Roma, y concluí por pegar con las ruinas y el sol: hallábame aun bajo la influencia de mi primera impresión, cuando el 3 de noviembre de 1828 respondí á Mr. Villemmain:

«Vuestra carta, caballero, ha llegado muy á tiempo á mi soledad de Roma, y ha suspendido en mí el mal del país que me habia acometido fuertemente. Ese mal no es otra cosa que mis años, que me quitan los ojos para ver como veía antes: mi ruina no es bastante grande para consolarse con la de Roma. Cuando me paseo solo ahora en medio de todos esos escombros de los siglos, no me sirven ya sino de escala para medir el tiempo: retrocedo á lo pasado; veo lo que he perdido, y el corto resto de tiempo futuro que tengo delante de mí; cuento todas las alegrías que podrían quedarme, y no encuentro ninguna; me esfuerzo en admirar lo que admiraba, y ya no me admiro. Vuelvo á mi casa para soportar mis honores abrumados por el *scirocco* ó pasado por la *tramontana*. Esa es toda mi vida, si se exceptúa un sepulcro que no he tenido valor aun para visitar. Aquí se ocupan mucho de los monumentos ruinosos, se les apuntala, y se les quita sus flores y sus plantas: las mujeres que yo habia dejado jóvenes han envejecido, y las ruinas se han rejuvenecido. ¿Qué quereis que se haga aquí?»

«Así es que os aseguro, caballero, que no deseo mas que volver á mi calle de Enfer para no salir de ella mas. He cumplido todos mis compromisos con mi país y con mis amigos. Cuando esteis en el consejo de Estado con Mr. Bertin de Vaux, nada mas tendré que pedir, porque vuestros talentos os habrán hecho ascender muy pronto.»

«Espero que mi retiro habrá contribuido algun tanto á hacer cesar una oposicion temible: la Francia ha conquistado para siempre las libertades públicas. Mi sacrificio debe acabar ahora con mi papel. No pido mas que volver á mi *Enfermería*. No tengo mas que elogios para este país, en el que he sido recibido maravillosamente: he encontrado aquí un gobierno lleno de tolerancia y muy instruido en lo que pasa fuera de Italia; pero nada me halaga mas que la idea de desaparecer enteramente de la escena del mundo: es bueno hacerse preceder en la tumba del silencio que ha de encontrar uno en ella.»

«Os doy gracias por haber tenido á bien hablarme de vuestros trabajos. Hareis una obra digna de vos, y que aumentará vuestra reputacion. Si tuviérais que hacer aquí algunas investigaciones, tened la bondad de indicármelas: una excavacion en el Vaticano podría proporcionaros tesoros. ¡Ay! no he visto sino demasiado á ese pobre Mr. Thierry, y os aseguro que su recuerdo me persigue por todas partes: tan jóven, tan amante del trabajo, y marcharse: y como sucede siempre al verdadero mérito, su espíritu se mejoraba, y la razon tomaba en él el lugar del sistema: todavía espero un milagro. He escrito por él, y ni siquiera me han contestado. Mas feliz he sido por vos, y una carta de Mr. de Martignac me hace esperar que al fin os harán justicia, aunque tardía. Yo no vivo ya sino para mis amigos: permitidme contaros en el número de los que me quedan. Quedo, caballero, con tanta sinceridad como admiracion vuestro mas afectísimo servidor.»

«CHATEAUBRIAND.

«A Dios gracias, Mr. Thierry ha vuelto á la vida, y ha continuado con nuevas fuerzas sus hermosos é importantes trabajos: trabaja de noche; pero como la chrysalida.

«La ninfa se encierra con placer en ese sepulcro de oro y seda que la oculta á los ojos de todos, etc.»

#### A Mad. Recamier.

Roma, sábado 8 de noviembre de 1828.

«Mr. de la Ferronnays me noticia la rendicion de Varna, que yo sabia ya. Creo haberos dicho que toda la cuestion me parecia encerrada en la entrega de esta plaza, y que el gran turco no pensaria en la paz sino cuando los rusos hubiesen hecho lo que no hicieron en las guerras precedentes. Nuestros periódicos han sido bien miserablemente turcos en estos últimos tiempos. ¿Cómo han podido olvidar nunca la noble causa de la Grecia, y manifestar admiracion ante unos bárbaros que esparcen sobre la patria de los grandes hombres y sobre la parte mas hermosa de Europa la esclavitud y la peste? Asi somos nosotros los franceses: un poco de descontento personal nos hace olvidar nuestros principios y los sentimientos mas generosos. Los turcos derrotados apenas me causarian compasion: los turcos vencedores me inspirarian horror.»

«Mi amigo Mr. de la Ferronnays ha quedado en el poder. Me lisonjeo de que mi determinacion de seguirle habrá alejado á los concurrentes á su cartera. Pero al fin será preciso que salga de aquí: no aspiro mas que á volver á mi soledad y á dejar la carrera política. Tengo sed de independencia por mis últimos años. Las generaciones nuevas están educadas, y encontrarán establecidas las libertades públicas, por las que tanto he combatido: apodérense, pues, de ellas, pero no abusen de mi herencia, y que vaya yo á morir en paz al lado vuestro.»

«Antes de ayer fuí á pasearme á la *villa panfilii*: ¡qué hermosa soledad!»

Roma, sábado 15 de noviembre.

«Ha habido un primer baile en casa de Torlonia. He encontrado en él á todos los ingleses de la tierra, y me creia todavía embajador en Londres. Las inglesas parecen figurantas comprometidas para bailar el invierno en París, Milan, Roma y Nápoles, y que vuelven á Londres despues de haber espirado su compromiso en la primavera. Los saltitos sobre las ruinas del Capitolio, las costumbres uniformes que la *alta* sociedad lleva á todas partes, son cosas bien extrañas: ¡si me quedase aun el recurso de salvarme en los desiertos de Roma!»

«Lo que hay aquí de deplorable, lo que dice mal con la naturaleza de los lugares, es esa multitud de insípidas inglesas y de frívolos *dandys* que, encadenados por los brazos como las comadreas por las alas, pasean su fastidio y su insolencia en las fiestas, y se establecen en casa de uno como en una posada. Esa Gran-Bretaña, vagabunda y derrengada en las solemnidades públicas, salta sobre vuestras plazas y riñe á puñadas con vosotros para arrojaros de ellas. Durante el día se traga apresuradamente los cuadros y las ruinas, y viene despues, haciéndoos mucho honor, á tragarse los pasteles y los helados de vuestras reuniones. No sé cómo un embajador puede sufrir á esos huéspedes groseros, y no los hace poner á la puerta.»

#### EXPLICACION SOBRE LA MEMORIA QUE VA Á LEERSE.

He hablado en el *Congreso de Verona* de la existencia de mi memoria sobre el Oriente. Cuando la envié de Roma en 1828 al conde de la Ferronnays, ministro entonces de Negocios Extranjeros, no era el mundo lo que es hoy: en Francia existia la legitimidad; en Rusia no habia perecido la Polonia; España era todavía borbónica; Inglaterra no tenia aun el honor de protegernos. De consiguiente muchas cosas se han he-



cho viejas en esa *Memoria*. Hoy mi política exterior, por muchos conceptos, no sería la misma; doce años han cambiado las relaciones diplomáticas; pero ha quedado el fondo de las verdades. He insertado esta *Memoria* íntegra para vengar una vez más á la Restauración de las reconvenções absurdas que se obstinan en dirigirle, á pesar de la evidencia de los hechos. Así que la restauración eligió sus ministros de entre sus amigos, no dejó de ocuparse de la independencia y del honor de la Francia: se pronunció contra los tratados de Viena, y reclamó fronteras protectoras; no por la gloria vana de extenderse hasta las orillas del Rhin, sino para buscar su seguridad. Serió cuando se le hablaba del equilibrio de Europa, equilibrio roto con tanta injusticia hácia ella: por eso deseó primero atrincherarse en el Mediodía ya que habían querido desarmarla en el Norte. En Navarino volvió á hallar una marina y la libertad de la Grecia; la cuestión de Oriente no la cogió de sorpresa.

He conservado tres opiniones sobre el Oriente desde la época en que escribí dicha *Memoria*.

1.º Si la Turquía de Europa debe ser dividida, debemos tener una parte en ese reparto por un aumento de territorio en nuestras fronteras, y por la posesión de algún punto militar en el Archipiélago. Comparar el reparto de la Turquía con el reparto de la Polonia es un absurdo.

2.º Considerar la Turquía tal como estaba en el reinado de Francisco I, como una potencia útil á nuestra política, es quitar tres siglos á nuestra historia.

3.º Pretender civilizar la Turquía, dándole barcos de vapor y caminos de hierro, disciplinando sus ejércitos, enseñándole á dirigir sus escuadras, no es extender la civilización en Oriente, sino introducir la barbarie en el Occidente. Otros futuros Ibrahím podrán hacer retroceder el porvenir á los tiempos de Carlos Martel, ó á los del sitio de Viena, cuando fue salvada Europa por esa heroica Polonia, sobre quien pesa la ingratitud de los reyes.

Debo hacer notar que he sido el único con Benjamín Constant en señalar la impresión de los gobiernos cristianos: un pueblo cuyo orden social está fundado en la esclavitud y la poligamia, es un pueblo que es preciso confinar á los climas de los monjes.

En último resultado, la Turquía de Europa, convertida en vasalla de la Rusia en virtud del tratado de Unkiar-Skelessi, no existe ya. Si la cuestión debe decidirse inmediatamente, lo cual dudo, sería quizá mejor que un imperio independiente tuviese establecida su capital en Constantinopla é hiciese un todo de la Grecia. ¿Es esto posible? Lo ignoro. En cuanto á Mehemet-Ali, arrendatario y aduanero inexorable, el Egipto, en interés de la Francia, está mejor guardado por él que lo estaría por los ingleses.

Pero me estoy cansando en demostrar el honor de la restauración. ¿Quién se cuida de lo que ha hecho, y sobre todo, quién se cuidará de ello dentro de algunos años? Tanto valdría tomar á pecho los intereses de Tiro y de Ecbatana. Ese mundo pasado ni existe ya ni existirá. Después de Alejandro, principió el poder romano; después de César el cristianismo cambió el mundo; después de Carlo-Magno, la noche feudal engendró una nueva sociedad; después de Napoleón, nada: no se ve venir ni imperio, ni religión, ni bárbaros. La civilización ha subido al mas alto grado; pero es una civilización material, infecunda, que nada puede producir, porque no puede darse la vida sino por medio de la moral: no se llega á la creación de los pueblos sino por los caminos del cielo: los caminos de hierro no harán sino conducirnos con mas rapidez al abismo.

Estos son los prolegómenos que me parecían necesarios para la inteligencia de la *Memoria* que sigue,

y que se halla igualmente en el ministerio de Negocios Extranjeros.

*Carta al señor conde de La Ferronnays.*

Roma 50 de noviembre de 1828.

«En vuestra carta particular del 10 de noviembre, mi noble amigo, me deciais: «Os dirijo un breve resumen de nuestra situación política, y espero que seréis tan amable que me hareis conocer en cambio vuestras ideas, siempre tan dignas de ser conocidas en semejante materia.»

«Vuestra amistad, noble conde, me juzga con demasiada indulgencia; remitiéndoos la *Memoria* adjunta, yo no creo de modo alguno ilustraros; yo no hago mas que obedeceros.»

MEMORIA.

PRIMERA PARTE.

A la distancia en que me hallo del teatro de los sucesos, y en la ignorancia casi completa en que estoy del estado de las negociaciones, apenas me es posible razonar convenientemente. Sin embargo, como hace mucho tiempo tengo adoptado mi sistema sobre la política interior de la Francia; como yo, por decirlo así, he sido el primero á reclamar la emancipación de la Grecia, someto gustoso, noble conde, mis ideas á vuestra ilustración.

Aun no se había iniciado la cuestión del tratado de 6 de julio, cuando yo publiqué mi *Nota sobre la Grecia*. Esta nota encerraba el germen del tratado: yo proponía á las cinco grandes potencias de la Europa dirigir un despacho colectivo al diván, exigiéndole imperativamente la cesación de toda hostilidad entre la Puerta y los griegos, y en el caso de una negativa, las cinco potencias deberían declarar que reconocían la independencia del gobierno griego, y que estaban dispuestas á recibir á los agentes diplomáticos de este gobierno.

Esta *Nota* fue leída por los diversos gabinetes. El puesto que yo había ocupado como ministro de Negocios Extranjeros daba cierta importancia á mi opinión, pero lo que hubo aquí de singular fue que el príncipe de Metternich se mostró menos opuesto al espíritu de mi *Nota* que Mr. Canning.

Este último, con el cual yo había tenido correspondencias muy íntimas, era mas orador que gran político; mas hombre de talento que hombre de Estado. Tenía por lo general cierta envidia de los triunfos, y sobre todo de los de Francia. Cuando la oposición parlamentaria hería ó exaltaba su amor propio, se precipitaba en mal camino y se deleitaba en los sarcasmos é invectivas. Por eso, después de la guerra de España, desechó la demanda de intervención que yo había conseguido con tanto trabajo del gabinete de Madrid para el arreglo de los asuntos de ultramar: la razón secreta de este paso fue que él no había hecho esa demanda, y no quería que la Inglaterra, representada en un congreso general, no estuviese ligada por los actos de este congreso, y permaneciese siempre en disposición de obrar por sí. Por eso también hizo Mr. Canning pasar las tropas á Portugal, no para defender una Carta de la cual era el primero á burlarse, sino porque la oposición le echaba en rostro la presencia de nuestros soldados en España, y quería poder decir al parlamento que el ejército inglés ocupaba á Lisboa como el ejército francés ocupaba á Cádiz. En una palabra, por esto es por lo que ha firmado el tratado de 6 de julio contra su opinión particular, contra la opinión de su propio país, contraria á la causa de los griegos. Si ha accedido á este

tratado ha sido únicamente porque ha tenido zelos de vernos tomar con la Rusia la iniciativa de la cuestión y recoger solos la gloria de una revolución generosa. Este ministro, que á pesar de todo dejará un gran renombre, ha creído de esta manera comprimir los movimientos de la Rusia por este tratado mismo: sin embargo, es evidente que el texto del acta no encadena en lo mas mínimo al emperador Nicolás, ni le obliga de modo alguno á renunciar á una guerra particular con la Turquía.

El tratado de 6 de julio es un documento informe, redactado apresuradamente, donde nada está previsto, y que contiene disposiciones contradictorias.

En mi *nota sobre la Grecia* yo suponía la adhesión de las cinco grandes potencias; el Austria y la Rusia estaban aliadas entre sí, y su neutralidad las dejaba libres para declararse en pro ó en contra de una de las partes beligerantes en vista de los acontecimientos.

No se trata de volver sobre lo pasado; es preciso tomar las cosas tal como son. Lo mas á que estan obligados los gobiernos es á sacar el mejor partido posible de los hechos una vez consumados. Examinemos, pues, estos hechos.

Nosotros ocupamos la Morea: las plazas de esta península han caído en nuestras manos. Esto por lo que á nosotros toca.

Varna fue tomado, y quedó convertido en un puesto avanzado, situado á setenta varas de distancia de Constantinopla. Bloquéase á los Dardanelos; los rusos se apoderan durante el invierno de Silistria y de algunas otras fortalezas; no tardarán en hacerse numerosas levas. Los primeros días de la primavera todo se conmovió para una campaña decisiva; en Asia el general Paskewitz ha invadido tres bajalatos; domina el nacimiento del Eufrates y amenaza el camino de Erzeroun. Esto por lo que toca á la Rusia.

¿Hubiera hecho mejor el emperador Nicolás en emprender una campaña de invierno en Europa? Creo que sí, si tenía posibilidad para ello. Marchando sobre Constantinopla habría cortado el nudo gordiano, poniendo fin á todas las intrigas diplomáticas. Todos se ponen de parte del que triunfa: el medio de tener aliados es vencer.

En cuanto á la Turquía, tengo para mí que no habría declarado la guerra si los rusos hubieran sucumbido delante de Varna. ¿Tendrá hoy la sensatez de entablar negociaciones en Inglaterra y Francia para desembarazarse al menos de una y otra? El Austria le aconsejaría de buena gana este partido; pero es muy difícil prever la conducta de una raza de hombres que no tienen las ideas europeas. Astutos como esclavos, y orgullosos á la vez como tiranos, nunca templan su cólera sino por el miedo. El sultán Mahamud II, bajo ciertos conceptos, parece un príncipe superior á los últimos sultanes. Tiene el valor político; pero ¿tendrá también el personal? Conténtase con pasar revistas en los barrios de su capital, y hace que los grandes le supliquen que no vaya ni aun á Andrinópolis. El populacho de Constantinopla estaría mejor contenido por los triunfos que por la presencia de su amo.

Admitamos, no obstante, que el diván consienta en abrir negociaciones sobre las bases del tratado de 6 de julio. La negociación será muy espínosa, pues aun cuando no hubiese que arreglar mas que los límites de la Grecia, sería cuestión interminable. ¿En donde se fijaran esos límites sobre el continente? ¿Cuántas islas seran devueltas á la libertad? Simson, que con tanto valor ha defendido su independencia, ¿quedará abandonada? Vamos mas lejos, y supongamos establecidas las conferencias. ¿Paralizarán estas á los ejércitos del emperador Nicolás? Mientras que los plenipotenciarios de los turcos y de las tres po-

tencias aliadas estan negociando en el Archipiélago, cada paso de las tropas invasoras en la Bulgaria cambiará el estado de la cuestión. Si los rusos fuesen rechazados, los turcos romperían las conferencias: si los rusos llegaran á las puertas de Constantinopla, ¿se trataría entonces de la independencia de la Morea? Los belenos no tendrían necesidad de protectores ni de negociadores.

Así, pues, impulsar al diván á ocuparse del tratado de 6 de julio es aplazar la dificultad, no resolverla. La coincidencia de la emancipación de la Grecia y de firmarse la paz entre los turcos y los rusos, es á mi juicio, necesaria para hacer salir á los gabinetes de Europa del apuro en que se hallan.

¿Qué condiciones pondrá á la paz el emperador Nicolás?

En su manifiesto declara que renuncia á conquistas; pero habla de indemnizaciones por los gastos de guerra: esto es vago, y puede llevar muy lejos.

El gabinete de San Petersburgo, pretendiendo regularizar los tratados de Akerman y de Jassy, ¿pedirá acaso: primero, la independencia completa de los dos principados; segundo, la libertad de comercio en el Mar Negro, tanto para la nación rusa como para las demas naciones; tercero, el reintegro de las sumas gastadas en la última campaña?

Innumerables dificultades se presentan para la conclusion de una paz sobre estas bases.

Si la Rusia quiere dar á los principados soberanos de su elección, el Austria mirará la Moldavia y la Valaquia como dos provincias rusas, y se opondrá á esa transacción política.

¿La Moldavia y la Valaquia pasaran al dominio de un príncipe independiente de toda gran potencia, ó de un príncipe instalado bajo el protectorado de muchos soberanos?

En este caso preferiría Nicolás hospodares nombrados por Mahamud, porque no dejando los principados de ser turcos, quedarían vulnerables á las armas de la Rusia.

La libertad de comercio del mar Negro, la entrada en este mar á todas las escuadras de Europa y América, conmovieran el poder de la Puerta en sus cimientos. Conceder el paso de buques de guerra bajo Constantinopla, es, con relación á la geografía del imperio otomano, como si se reconociese á ejércitos extranjeros el derecho de cruzar en todo tiempo la Francia á lo largo de las murallas de París.

Por último, ¿dónde tomaría la Turquía dinero para pagar los gastos de la campaña? El supuesto tesoro de los sultanes es una antigua fábula. Las provincias conquistadas del otro lado del Cáucaso podrían ser, á la verdad, cedidas como hipoteca de la suma pedida: de los dos ejércitos rusos, el uno en Europa, me parece encargado de los intereses del honor de Nicolás; el otro, en Asia, de sus intereses pecuniarios... Pero si Nicolás no se creyese ligado por las declaraciones de su manifiesto, ¿vería la Inglaterra con ojos indiferentes avanzar el ejército moscovita por el camino de la India? ¿No se alarmó ya en 1827, cuando dió un paso mas en el imperio persa?

Si la doble dificultad que nace de la ejecución del tratado y de la pertinencia de las condiciones de una paz entre la Turquía y la Rusia; si esta doble dificultad hiciese inútiles los esfuerzos intentados para vencer tantos obstáculos; si en la primavera se abriese una segunda campaña, ¿volverían las potencias de Europa á tomar parte en la cuestión? ¿Cuál sería el papel que le correspondiese á la Francia? Eso es lo que voy á examinar en la segunda parte de esta *Nota*.